

Peter Singer, *LIBERACIÓN ANIMAL*,  
Madrid, Editorial  
Trotta, 1999, 334  
pp.

por Claudia Escobar  
García\*

Todos podemos protestar y lloriquear por las injusticias que ocurren en este mundo. De hecho, gran parte de nuestro tiempo lo invertimos en rasgarnos las vestiduras por las grandes desigualdades sociales y económicas, por las situaciones de extrema pobreza, por el sufrimiento que nos rodea, por la violación sistemática de los derechos humanos, por la discriminación a ciertos sectores de la población, por las situaciones de violencia y crimen, por el calentamiento global y la extinción de las especies, y por

todas las desgracias que nos rodean.

Paradójicamente, los mismos que lloriquean por las injusticias y se vanaglorían de querer un mundo mejor para todos, son los mismos que día a día, minuto a minuto, pagan e invierten para que esto suceda. Nos escandalizamos de la pérdida de recursos hídricos, pero no estamos dispuestos a renunciar a nuestro baño diario de media hora con agua caliente. Refunfuñamos con las petroleras, pero no dudamos en pagarles por el combustible que nos suministran para el desplazamiento de nuestro auto. Renegamos de la pobreza en el mundo, pero no estamos dispuestos a reducir el tamaño de nuestros bolsillos, ni a renunciar a nuestra vida de derroche y consumo. Insultamos y despreciamos a las multinacionales por su banal ánimo mercantilista, pero caemos rendidos a sus pies y los patrocinamos cada vez que adquirimos sus productos. Armamos un drama y arremetemos contra el TLC con Estado Unidos y contra cualquier forma de “imperialismo yanqui”, pero abrimos de par en par nuestros mercados a las prendas, los juguetitos y todos los demás productos chinos, y con ello, a la irresponsabilidad ambiental, al trabajo infantil y las otras nuevas formas de explotación y esclavitud. Nos enternecemos desde la infancia con las representaciones idílicas de la vida animal, pero no dudamos un instante en comer sus cadáveres y acicalarnos con sus pellejos.

*Liberación animal*, de Peter Singer, se encarga precisamente de poner en evidencia las inconsistencias fundamentales que atraviesan el mundo contemporáneo, de someterlas a una crítica rigurosa y sistemática, y de plantear algunas propuestas para “librarnos” de ellas. En particular, este libro invita al vegetarianismo y a la eliminación del consumo de los demás productos que son el resultado del sufrimiento de los animales no humanos, como única vía para la superación de estas incoherencias conceptuales y prácticas.

---

\* Asesora del Subsecretario de Desarrollo Normativo, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos del Ecuador.

Para sustentar esta propuesta, Singer sigue el siguiente procedimiento:

1. En primer lugar, demuestra que las mismas razones por las que rechazamos la discriminación en función del sexo o de la raza, son válidas para rechazar la discriminación en función de la especie (*especismo*) (capítulo I, V y VI).
2. En segundo lugar, ofrece un panorama de las actuales manifestaciones del *especismo*, y en particular, de la experimentación y la cría intensiva de animales (capítulos II y III).
3. Por último, demuestra que el vegetarianismo y la eliminación del consumo de los productos que son el resultado del sufrimiento animal, constituyen un imperativo para los seres humanos del mundo contemporáneo que se tomen en serio el principio de igualdad (capítulo IV).

El principio de igualdad juega un papel protagónico en la retórica, los discursos, las decisiones y las acciones de la vida personal, social e institucional. Desde el reparto de regalos entre los hijos de familia, hasta la formulación e implementación de las políticas públicas en todos los países, el principio de igualdad constituye un criterio fundamental.

Así por ejemplo, solemos predicar a los cuatro vientos que la discriminación en función del sexo o de la raza es arbitraria e injustificable. Para ello utilizamos dos (2) tipos de argumentos: en primer lugar, hemos demostrado que las supuestas diferencias entre hombres y mujeres, o entre blancos, negros e indígenas, son en realidad grandes invenciones ficticias. Hoy sabemos, por ejemplo, que no existen razas “puras” o algo así como blancos al 100%, que la diferencia entre blancos e indígenas no radica en la existencia o inexistencia de alma inmortal, o que las mujeres y los hombres no se diferencian por la posesión o carencia de racionalidad. Estos errores empíricos han dejado sin base y sin fundamento el tratamiento diferenciado.

Pero hay un segundo argumento, no empírico, que ha servido de sustento a estas causas. La idea que subyace a este tipo de reclamos, es que la igualdad exige una misma consideración, independientemente de las diferencias empíricas entre los diferentes sujetos. Por este motivo, el dolor y el sufrimiento son relevantes en función su intensidad y su contenido, y no en función del sujeto que los padece. Si un sufrimiento es igual cualitativa y cuantitativamente, debe ser valorado de igual manera, independientemente del sujeto que lo padezca. De igual modo, y como consecuencia de lo anterior, las capacidades, físicas e intelectuales, únicamente son relevantes cuando inciden en la capacidad de sufrimiento.

Este principio argumentativo permitió exigir la igualdad de trato entre blancos y negros, a pesar de las evidentes diferencias entre unos y otros. Este principio argumentativo ha permitido también exigir la igualdad de trato entre hombres y mujeres, a pesar de las evidentes diferencias entre unos y otros. El color de la piel nada tiene

que ver con el derecho al voto, así como la capacidad para amamantar nada tiene que ver con el derecho a participar activamente en la vida política de los países:

Nadie en el mundo desea más sinceramente que yo una refutación absoluta de las dudas que yo mismo he mantenido y expresado sobre el grado de inteligencia con que les ha dotado la naturaleza, y descubrir que son iguales a nosotros (...) pero cualquiera que sea su grado de talento, no constituye la medida de sus derechos. El que sir Isaac Newton fuera superior a otros en su inteligencia no le erigió en dueño de la propiedad o de las personas de otros.<sup>1</sup>

Ahora bien, estos mismos argumentos en que nos hemos apoyado para combatir la discriminación en función del sexo o de la raza, son igualmente predicables de las relaciones entre los animales humanos y los no humanos.

Sabemos, por un lado, que las diferencias que en un momento se atribuyeron en función de la especie, hoy en día son simplemente una falsedad o una exageración. Prueba de ello, por ejemplo, es que las conclusiones sobre la estructura y el funcionamiento del cuerpo y la mente humana, se obtienen, casi directamente, a partir de la experimentación con animales, desde ratas hasta simios, pasando por conejos, gatos y perros.

Y en segundo lugar, si sostenemos que las diferencias empíricas entre negros y blancos y entre hombres y mujeres no justifican una consideración desigual, también debemos sostener que las diferencias entre los animales humanos y los animales no humanos, tampoco justifican una consideración desigual: la ineptitud avícola para la poesía, la limitada habilidad musical de las terneras o la incapacidad de los perros para firmar peticiones, de ninguna manera justifica el doloroso corte de picos de las primeras, la inmovilidad permanente de las segundas, o el maltrato de los terceros.<sup>2</sup>

De este modo, si rechazamos el racismo o el sexismo, y si queremos ser consecuentes con las ideas que predicamos y de las que nos vanagloriamos, debemos también rechazar el *especismo*. No podemos simplemente utilizar la igualdad cuando nos gusta, nos conviene o nos parece atractiva, y rechazarla cuando nos incomoda:

Puede llegar el día en que el resto de la creación humana adquiera esos derechos que nunca se le podría haber dado de no ser por la acción de la tiranía. Los franceses han descubierto ya que la negrura de la piel no es razón para abandonar sin remedio a un ser humano al capricho de quien le atormenta. Puede que llegue un día en que el número de

- 
1. Carta de Thomas Jefferson a Henry Gregoire, 25 de febrero de 1809, citado por Peter Singer, *Liberación Animal*, Madrid, Trotta, 1999, p. 42.
  2. Presentación de Paula Casal a la edición en español del libro *Liberación Animal*.

piernas, la vellosidad de la piel o la terminación del *os sacrum* sean razones igualmente insuficientes para abandonar a un ser sensible del mismo destino. ¿Qué otra cosa es lo que podría trazar la línea infranqueable? Un caballo o un perro adulto es sin comparación un animal más racional, y también más sociable, que una criatura humana de un día, una semana o incluso un mes. Pero, aun suponiendo que no fuera así, ¿qué nos esclarecería? No debemos preguntarnos: ¿Puede razonar?, ni tampoco: ¿pueden hablar?, sino: ¿pueden sufrir?<sup>3</sup>

Sabemos ya que el *especismo* es tan insostenible y desatinado como cualquier otra forma de discriminación. ¿Cuáles son las formas contemporáneas de *especismo*? Singer no intenta hacer una descripción exhaustiva de todas las formas de tiranía de los animales humanos sobre los no humanos. Simplemente presenta con precisión y en detalle, dos formas significativas de opresión: la experimentación y la cría intensiva de animales. Obviamente, existen otras formas más grotescas y extravagantes de sadismo, como son la tauromaquia y los duelos de perros. Pero se trata de manifestaciones aisladas y no sistemáticas, que no comprometen nuestro actuar diario. Por el contrario, la experimentación y la cría intensiva constituyen una fuente de maltrato masivo y continuo, y ponen en evidencia nuestra complicidad con el *especismo*.

En cuanto a la experimentación animal, Singer demuestra que se trata de procedimientos inútiles e improductivos, rodeados de inconsistencias y contradicciones teóricas y prácticas, y generadores de sufrimientos descomunales y abrumadores para los animales no humanos.

Son inútiles porque la información que generan no interesa a nadie, no tiene incidencia práctica o se conoce de antemano. Para llegar a la brillante conclusión que los simios bebés requieren psicológicamente de su madre, los creativos investigadores estadounidenses tuvieron la “fascinante idea” de utilizar madres sustitutas generadoras de dolor, tristeza y ansiedad en los monos:

El primero de estos monstruos era una mona madre de trapo que, programada o al recibir una orden, soltaba aire comprimido a alta presión y casi le arrancaba la piel al animal. ¿Qué hacía el bebé mono? Simplemente se agarraba con más y más fuerza a la madre, porque un bebé atemorizado se agarra a su madre pase lo que pase (...)  
Construimos otra madre monstruo sustitutoria que se mecía tan violentamente que la cabeza y los dientes del bebé castañeaban. Todo lo que el bebé hizo fue agarrarse con mayor fuerza aún a la sustitutoria. El tercer monstruo que construimos tenía incrustado dentro del cuerpo un marco de metal que saltaba hacia adelante y propelía al bebé fuera

---

3. Jeremías Bentham, *Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, cap. 17, tomado de Peter Singer, *Liberación Animal*, p. 43.

de su superficie ventral. El bebé se levantaba del suelo, esperaba a que los muelles se metieran de nuevo dentro del cuerpo de tela y volvía a agarrarse a la madre. Por último, construimos nuestra madre cuerpoespín. Al recibir una orden, esta madre sacaba afilados pinchos de metal por toda la superficie ventral de su cuerpo. Aunque los bebés se quedaban desconsolados ante estas puntiagudas expulsiones, simplemente esperaban hasta que los pinchos retrocedían, volvían y se agarraban a la madre.<sup>4</sup> Después de múltiples experimentos análogos se obtuvo la primicia de que “la privación prolongada en un niño pequeño del cuidado materno puede tener unos efectos graves y de largo alcance sobre su carácter durante el resto de su vida”.<sup>5</sup>

Experimentos con radiaciones, agentes de guerra, cargas y choques eléctricos, gases venenosos, que generan envenenamiento, convulsiones, vómitos persistentes, debilidad generalizada, y finalmente la muerte, se realizan masivamente para concluir que dichas radiaciones, gases venenosos y cargas y choques venenosos, son nocivos para la salud. Experimentación con perros, gatos y conejos sirven para satisfacer la curiosidad intelectual de los científicos y para llegar a conclusiones tan obvias como que las altas temperaturas producen la muerte o que el ácido sulfúrico quema los tejidos.

Además de su evidente inutilidad, la experimentación con animales se enfrenta a profundas contradicciones e inconsistencias. Por un lado, se justifica el maltrato a los animales con fundamento en la diferencia sustancial entre humanos y no humanos. Pero por otro lado, para extraer consecuencias sobre la fisiología o la salud mental de los animales humanos, a partir de la experimentación con los animales no humanos, resulta imprescindible asumir la semejanza entre unos y otros. El dilema es este: si se asume que son sustancialmente distintos, la experimentación con animales carece de sentido; si se asume que son iguales, carece de razonabilidad y justificación realizar experimentos que consideramos atroces en los humanos.

Y estas inconsistencias han resultado excesivamente costosas incluso para los humanos, como ocurrió con la talidomida y más recientemente con el opren. En uno y otro caso, la sustancia no causó ningún efecto nocivo entre gatos, ratas, monos, hamsters, gallinas y conejos. Pero cuando fueron introducidas en el mercado, las consecuencias fueron devastadoras: en el primer caso produjo la deformidad en los bebés de las madres que la consumieron en estado de gestación, y en el segundo provocó más de 60 muertes. Y también ocurre a la inversa: suponer la igualdad entre unos y otros puede llevar a desechar productos de mucha importancia para los humanos:

---

4. *Engineering and Science* 33 (1970), 8, en Peter Singer, *Liberación Animal*, p. 69.

5. *Maternal Care and Mental Health* 2 (World Health Organization Monograph Series), 46, en Peter Singer, *Liberación Animal*, p. 69.

La insulina puede producir deformidades a gazapos y ratones, pero no a los seres humanos. La morfina, que es un calmante para los humanos, actúa como alucinógeno en los ratones. Y como dijo otro toxicólogo: “Si la penicilina hubiera sido juzgada por su toxicidad para las cobayas, quizá nunca se hubiera aplicado a los humanos”.<sup>6</sup>

Por último, y a pesar de los intentos para describir estas actividades como tareas de carácter científico y absolutamente ascéticas y libres de cualquier criterio ajeno a la razón pura y objetiva, la verdad es que estos experimentos constituyen la encarnación misma del sadismo, la crueldad, el salvajismo y la barbarie: mutilaciones, suministro de venenos que producen una muerte lenta y dolorosa, exposición a sustancias nocivas, inducción de convulsiones y de situaciones de ansiedad, paranoia y esquizofrenia, son tan solo algunas de las técnicas utilizadas por la alta comunidad científica.

Algo similar ocurre con la cría intensiva de animales. Las apacibles, serenas e idílicas imágenes que nos proporcionan los medios de comunicación sobre la vida de las vacas, cerdos y gallinas que nos proporcionan la leche, la carne y los huevos, es un fraude grosero y una ficción traída de los cabellos. Nos imaginamos una gallina escarbando en un corral, unas vacas pastando para luego ser ordeñadas, o unos cerditos corriendo tras su madre en un huerto. La realidad es bien distinta.

En un sistema donde la producción en masa a bajo costo es un imperativo, la vida y la muerte de los animales no puede ser sino vergonzosa. Diversos tipos de tortura y suplicio imponemos a los animales no humanos. Existen por lo menos cinco fuentes de sufrimiento y dolor: la producción de molestias físicas y térmicas; la imposición de barreras para expresar el comportamiento natural; el hambre, la desnutrición o la sobre-alimentación; la producción directa de dolor; y el manejo inadecuado del dolor y la enfermedad.

La lógica capitalista supone producir en grandes cantidades al mínimo costo posible: se trata de un principio absoluto al cual se someten todas las reglas para el funcionamiento de las granjas industriales. Esto implica, entre otras cosas, que los animales deben vivir en espacios que impidan su movimiento, con el fin de impedir la pérdida de calorías y de garantizar una pronta ganancia de peso; implica, por ejemplo, que el stress de los animales hacinados se maneje con tácticas tan eficientes como el corte de pico de los pollos o el corte de la cola de los cerdos sin ningún tipo de analgésico; implica, por ejemplo, la anemia crónica de las terneras para garantizar que sus músculos sean lo suficientemente pálidos como para satisfacer las necesidades gastronómicas de sus consumidores; implica, por ejemplo, que

---

6. Peter Singer, *Liberación Animal*, p. 94.

desde el momento mismo del nacimiento las crías sean separadas de sus madres; implica, por ejemplo, que la inmovilización de las gallinas ponedoras de huevo usualmente conduce a que sus uñas se enganchen en la malla de alambre que les sirve de suelo; implica, por ejemplo, que la necesidad de lograr un crecimiento frenético de los animales conduce a que se les obliguen a consumir por día hasta 20 veces más de las calorías que requieren.

Sabemos entonces que el *especismo* es inaceptable y que el mundo contemporáneo constituye su representación más importante. Ahora bien, ¿qué responsabilidad tenemos los seres humanos comunes y corrientes? Y más aún, ¿qué podemos y qué debemos hacer frente a este problema?

Una primera respuesta puede orientarse a responsabilizar a los “agentes directos” del daño: Este mundo es un mundo de buenos y malos, y los malos en este caso vienen a ser los dueños de las grandes granjas industriales, que a partir de su ánimo mercantilista ilimitado, supeditan el bienestar animal a la consecución de banales provechos económicos. Los malos serían también los científicos, que para satisfacer su curiosidad intelectual, utilizan a los pobres animales como una simple herramienta de investigación.

Desafortunadamente, las cosas en este mundo no ocurren como en las novelas mexicanas. Aunque existen algunos agentes directos que se pueden visibilizar, existe una gran masa de seres que alimentan y robustecen el *especismo*. En la medida en que la gente esté dispuesta a pagar por el sufrimiento animal, éste se perpetuará. De nada sirve que profesemos un gran amor por los animales y hacia nuestra mascotita de casa, que invirtamos miles de dólares en su mantenimiento o que lamentemos el maltrato animal, si por otro lado compramos los cosméticos y la carne que son el resultado de su sufrimiento:

Las personas que se benefician de la explotación de grandes cantidades de animales no necesitan nuestra aprobación. El principal apoyo que piden los ganaderos industriales del público es que éste compre los cadáveres de los animales que producen. Utilizarán métodos intensivos mientras puedan vender lo que producen con esos métodos; dispondrán de los recursos necesarios para combatir la reforma políticamente, y podrán defenderse de las críticas argumentando que ellos solo están abasteciendo al público con lo que éste les pide.<sup>7</sup>

Mientras estemos dispuestos a pagar por los perfumitos y el maquillaje que previamente ha intoxicado a miles de animales, y mientras estemos dispuestos a pagar

---

7. Peter Singer, *Liberación Animal*, p. 206.

por los cadáveres de quienes previamente han sido torturados, la explotación animal permanecerá. Mientras existan cómplices, se mantendrá el crimen.

Por este motivo, la eliminación a la discriminación fundada en la especie requiere eliminar el consumo de la carne y de todos aquellos productos que son el resultado del sufrimiento animal. Esto implica simplemente hacerse vegetariano y dejar de comprar los productos que provienen de animales. Y probablemente esto no es tan difícil. Hoy en día puede ser tan fácil como cambiar una marca de shampoo por otra, o en cambiar una hamburguesa de vaca por una hamburguesa de soya.

Adicionalmente, este consumo responsable es consecuente de la situación de pobreza y de destrucción del medio ambiente. La producción de carne es altamente costosa para la distribución de alimentos en el mundo: se requiere dar a un ternero 9 kilos de proteínas para que produzcan medio kilo de proteína animal, apta para el consumo humano; la producción de carne es por tanto, “una fábrica de proteínas a la inversa”;<sup>8</sup> en otras palabras, alimentamos a los animales no humanos con alimentos que podemos consumir directamente y que nos proporcionarían las proteínas y demás nutrientes que luego nos brindan los músculos animales. De igual modo, la producción de carne resulta sumamente cara para el planeta Tierra. Mientras que medio kilo de carne de ternera supone el desperdicio de 9 kilos de granos, 11.000 litros de agua, la energía equivalente a 5 litros de gasolina y 16 kilos de mantillo, la producción del mismo medio kilo de soya resulta hasta 50 veces más eficiente.

La conclusión de Peter Singer es clara. De nada sirven nuestras cavilaciones y especulaciones sobre la igualdad y la justicia, si no sabemos en qué consisten; de nada sirven los discursos sobre el amor, la fraternidad y la solidaridad, si no actuamos en consecuencia con estos; de nada sirve nuestra compasión hacia los animales si torturamos y consumimos al objeto de nuestra compasión. Peter Singer invita entonces a la reflexión seria y rigurosa, a llevar hasta sus últimas consecuencias las premisas de nuestros razonamientos, y sobre todo, a demostrar la sinceridad de nuestras teorías, convicciones y sentimientos.

Cuando recordamos otros movimientos de liberación nos gusta pensar que, de haber estado allí, hubiéramos sido abolicionistas o sufragistas, o al menos, no hubiéramos cooperado con la opresión, ni nos hubiéramos desentendido del tema. No llegamos a tiempo. Ahora tenemos otra oportunidad, la de la revolución menos sangrienta de la historia. Y no se nos pide que arriesguemos la vida, ni siquiera la cárcel; simplemente que elijamos otro plato en el menú.<sup>9</sup>

---

8. F. Moore Lappé, *Diet for a Small Planet*, New York, Friends of the Earth/Ballantine, 1971, pp. 4-11.

9. Presentación de Paula Casal a la edición en español de *Liberación Animal*.